

Editorial

Vol. 6, Nº1

Julio 2021

En este editorial del décimo número de la revista CEDOTIC pretendemos, además del sagrado oficio de escribir unos párrafos que acerquen y seduzcan a los lectores a los temas tratados en la publicación, aprovechar la oportunidad de ofrecer una reflexión que no busca trascender los contenidos de los trabajos seleccionados, sino servir de marco de referencia de modo que estos alcancen su esplendor y, sobre todo, cumplan con su propósito frente a los muchos y buenos lectores que asumen la revista como un medio de aprendizaje, emulación y motivación permanente hacia la lectura y la escritura.

En consonancia con lo anterior, precisamente debemos observar la relación existente entre lectura y escritura en dos contextos que muy bien pueden constituir un dilema: uno de ellos es considerar la lectura y la escritura como un acto creativo, que responde más a un preludio inspirador de goce o placer que a solo encontrar, en este ejercicio, una respuesta condicionada, generalmente, de corte académico, para obtener beneficios.

El primer carácter de esa disyuntiva nos lleva a pensar en la lectura y la escritura, muy cercana al ejercicio del autor, el creador, el literato, pero, especialmente, en sus principales cualidades: la inspiración, la creatividad, la fantasía y el dominio de la sintaxis, entre otros. A esos atributos se suman el buen uso de los recursos literarios, la metáfora, la metonimia,

las personificaciones, las analogías, entre muchos otros. Ese escritor es un artista que busca el disfrute, la emoción el goce o el placer de su auditorio, además de establecer —como lo plantea Umberto Eco en *Lector in Fabula* (1979)— una especie de comunicación o de hermenéutica compartida para darle sentido al texto a partir de los signos y señales que deja el autor en su obra.

Escribir desde esas intencionalidades, entonces, conduce a considerar al lector como un jugador de ajedrez —o de cualquier otro juego—, que toma y deja las fichas cuando lo desea. No hay tiempo ni condición: solo existe el deseo por encontrar en ese libro algo que alimente su curiosidad, su imaginación, su natural deseo de fantasear e, incluso, del despeje de las hipótesis que se pudo plantear desde el instante mismo en que tuvo en sus manos el libro. Un buen texto fabulado —como lo pudieron gozar muchos en la infancia—, llena todo ese interés. Perrault, Andersen y los Hermanos Grimm son solo un ejemplo de aquellos que buscaron en sus narrativas un verdadero camino hacia el goce y el placer por leer y escribir. Pero, también han respondido a esos intereses los miles de autores que, desde los distintos continentes, han hecho de sus obras verdaderos oasis donde la fuente de inspiración, como ya se señaló, va mucho más allá de cualquier condición u obligación por escribir. En el contexto occidental, de Cervantes para acá —el más ilustre representante de la narrativa del Siglo de Oro con su obra cumbre, *El Quijote*—, llena todas esas expectativas de un lector llamado a la fantasía y al placer de la lectura. Quién no sintió goce y disfrute con las ocurrencias y aventuras de Sancho, personaje ubicado en una realidad tan cercana a la que trajo el capitalismo, y un caballero, el Quijote, atrapado ensoñaciones y castillos medievales de una época que se resistía a desaparecer.

Desde esos contextos literarios, la aventura y el goce por leer se mantienen como una constante: no importa la invasión de las tecnologías ni la negociación que se debe establecer con otros códigos comunicativos actuales. Aquí se le sigue apostando a los buenos libros, esos que se niegan a desaparecer; los mismos que Ítalo Calvino justificó en su recordado escrito,

Por qué leer los clásicos (1993), ensayo que también nos invita a no dejar de leerlo y que, de por sí, es también un texto clásico. En el inicio de su relato, el lector se encuentra con esta frase: “Los clásicos son esos libros de los cuales se suele oír decir: “Estoy relejendo... y nunca estoy leyendo...” y es precisamente a esos textos a los que hago referencia, aquellos que llegaron a nuestros ojos y nos engolosinaron de tal manera que quisiéramos, en cualquier momento, volver a degustarlos como el mejor de los platos.

El mundo de la literatura universal está lleno de muchos autores cuyo objetivo, quizás sin proponérselo, condujo a sus lectores a un estado de permanente necesidad de leer y releer, gozar y fantasear con esos textos que se niegan a desaparecer, que se encuentran en las tensiones de ese dilema: el de leer como goce, necesidad, placer y aventura, y no como una condición u obligación. Son los buenos libros que, en Colombia, nos entregó también nuestro premio nobel de Literatura, Gabriel García Márquez, u otros recordados autores como Fernando Soto Aparicio, Jorge Isaacs, Rafael Pombo, José Eustasio Rivera, Álvaro Mutis y tantos más.

La segunda expresión del dilema, que motivó este editorial, se encuentra relacionada con la lectura y la escritura denominada “académica” o “científica”, en la cual —muy alejados de la libre escogencia, voluntad y motivación—, se ubican los académicos, en especial, aquellos que trabajan en las universidades, quienes salvo muy contadas excepciones, manifiestan el derecho a producir o no la escritura. La mayoría deben renunciar al libre albedrío por escribir. Aquí, o lo haces o lo haces. La encrucijada se vuelve más espinosa porque estos artículos deben ser una consecuencia de las investigaciones que has adelantado, te han reconocido e, incluso, validado los centros de publicación y de investigación de las instituciones de educación superior. Tampoco el brazo de esa condición queda ahí: ese artículo debe ser reconocido por un órgano de poder como el Ministerio de Ciencia y Tecnología, ente oficial que, nos guste o no, tenemos que ver y aceptar, pues, si no lo haces, serás un investigador desconocido. Sin embargo, hasta ese punto no llega Sísifo con su fardo. Ojalá así fuese. Hay mucho más: esos artículos deben citar y ser citados... ¡tremendo atranque!, porque esas

citaciones deben hacerse en revistas indexadas o, de lo contrario, permanecerás en el anonimato.

A este segundo nudo del dilema pareciera que los académicos están inexorablemente ligados. No hay escapatoria posible: o escribes según las exigencias que te demanda el medio universitario donde te encuentras o, sencillamente, terminas fuera de un sistema en el que las mediciones y la competitividad no dan tregua. Las tensiones de los académicos empiezan a mostrar signos de agotamiento y de mucha incertidumbre, pues tienen claro que en cualquier momento sus contratos laborales podrían terminar. Escribir desde esta otra perspectiva nos aleja, por muchos kilómetros, de la escritura literaria ampliamente citada en los párrafos anteriores. Nada que se haga para responder a una condición o exigencia puede ser agradable. Sin embargo, hay que aceptar la realidad y los académicos deben responder al reto. Deben investigar, leer y escribir. Considero, por supuesto, que esa triada constituye la esencia de los académicos. Hay una verdad axiomática: no hay investigador que, en su quehacer, haya dejado por fuera la indispensable y necesaria tarea de leer mucho y escribir demasiado.

Frente a la escritura académica y científica, enmarcada en la obligatoriedad y las exigencias que nos demandan los centros de investigación y los distintos escalones por los que se debe transitar para llegar al anhelado reconocimiento —tangencialmente descrito en este texto—, hoy se aprecia una tendencia denominada “ciencia abierta”, cuyo objeto principal es la socialización y alcance de los resultados de las investigaciones científicas mucho más allá de las mediciones y requerimientos a los que, como ya se sabe, se deben sujetar, —así suene muy fuerte—, los investigadores.

En esta visionaria perspectiva hay un interesante documento titulado *Ábrete, Sésamo: La ciencia abierta y la contribución de las universidades al desarrollo*, obra en la que intervienen Ignasi Labastida —Unitat de Suport a la Investigació, CRAI, Universitat de Barcelona— y Daniel Samoilovich, director ejecutivo de la Asociación Columbus, y Profesor del MBA Internacional y programa de formación de directivos, HEC París. En este movimiento, la investigación es concebida como un proceso en el que,

en cualquiera de las fases de la investigación, las poblaciones involucradas conocen el trabajo, intervienen, sugieren, aportan, visionan nuevas salidas, van haciendo uso de los resultados y se sienten comprometidos con los logros y las dificultades que se van presentando durante la investigación. Importa, entonces, que este movimiento crezca y, por supuesto, amerita su estudio y valoración. Sería una interesante tarea para los académicos investigadores si, como ya se mencionó, se constituye en un movimiento que hable de una *ciencia abierta* más allá de las mediciones y controles instrumentales del momento actual.

Frente a esas dos variables, que conformaron los argumentos que visibilizaron el dilema, la revista CEDOTIC se convierte, entonces, en un espacio donde ambas variantes del problema pueden ser respondidas, pues, se dan a conocer los resultados de investigaciones adelantadas en los contextos académicos. Son artículos que, de manera muy variada, asumen el estudio de los contextos escolares en los distintos niveles, a saber, preescolar, básica, media y superior. En páginas se pueden leer, entre otros, los resultados de investigaciones acerca de las mediaciones propuestas para mejorar los aprendizajes en matemáticas, lenguaje, el inglés como lengua extranjera y las interacciones escolares como lugares donde las relaciones interculturales favorecen el enriquecimiento cultural y la asimilación de los códigos y comportamientos. Asimismo, como a través del teatro, en los contextos de la educación especial e inclusiva se pueden lograr resultados de aprendizaje en poblaciones con discapacidad visual. Igualmente, a lo largo de la revista se puede encontrar el resultado de una investigación en razonamiento numérico con estudiantes que egresaron de un programa técnico en educación superior. El objetivo de esta investigación estuvo orientado a generar un modelo de medición estadístico para determinar qué tanto se pudieron mejorar esas competencias genéricas en matemáticas, después de que la institución hiciera la intervención curricular con el plan de estudio aportado.

Ahora bien, la revista CEDOTIC también está abierta a recibir artículos, creaciones literarias, o de otro orden temático, que se acerquen un poco

más a las características de ese primer dilema, es decir, manuscritos que estén comprometidos con presentar producciones donde la libre creación sea el elemento motivador y no la respuesta a una obligada condición. La presente edición recoge, entonces, importantes contenidos que muestran el trabajo libre y creativo de quienes lo hacen en su condición de académicos, principalmente, desde la Facultad de Educación, pero también desde muchos otros escenarios académicos y otras universidades. Esperamos, como siempre, que la revista siga propiciando discusiones sobre los temas actuales en torno a la educación y su relación con los problemas sociales, y que nuevas y variadas perspectivas metodológicas y epistemológicas se desprendan de la lectura de los artículos publicados en este número.

José Rodolfo Henao Gil

Decano de la Facultad de Ciencias Humanas
Universidad del Atlántico